

6 Voces miradas

Sin ruido de palabras

Pablo Guerrero (Esparragosa de Lares, Badajoz, 1946)

Hablar de Pablo Guerrero es decir una de esas voces que, desde hace más de 40 años, nos acompañan. Sus canciones forman parte de ese hilo de dignidad, coraje y esperanza que se alzó en la larga noche de la dictadura; las hemos cantado juntos cuando éramos muchos en plazas o recitales o las hemos escuchado cuando giraban en un tocadiscos y era solo otra mano la que arrojaba nuestra soledad. Hablaban de libertad, de las señales que anunciaban un tiempo nuevo. Y de otra palabra, también prohibida, que decía lo mismo: “Hoy que te amo dejará de ser la libertad una palabra escrita en la pared”. Sus canciones atravesaron el posmoderno purgatorio de la Transición. Él seguía cantando, reclamando lo común, el amor, el paisaje, las manos entrelazadas. Él, como otros cantautores, no estaba de moda. Pero seguía fiel a sí mismo, diciendo canciones que eran hermosos poemas, en voz baja, estremecida. Y ofreciéndose, con una generosidad sencilla, a cualquier causa justa que le reclamara. Es el momento del reconocimiento. Si queréis volver a sus canciones o descubrirlas, os recomiendo estos tres CD cuidadosamente editados que resumen su trayectoria: *Lobos sin dueño, Antología personal, 40 años de A Cántaros* (2012).

Pero hablamos ahora del poeta. El que ha publicado ocho poemarios, entre los últimos: *Escrito en una piedra* (2007), *Los cielos tan solos* (2010), *¿No son copos de nieve?* (2012). Y ahora este *Sin ruido de palabras* (Maia Ediciones, Madrid, 2014). La palabra nace del silencio, de la atenta escucha del mundo; no hay ruido, hay sonidos que se deslizan, palabras que caen gota a gota, como el agua, como el árbol, como lo más necesario. Una plenitud, el paisaje, la belleza, y un deseo de restauración: que el pájaro vuelva a ser pájaro, la gota de agua, gota de agua y “Aquellos hombres, hombres”. El poeta ha entrado en la casa del justo, donde el anciano y el niño se reconocen; está “de parte del lobo desollado”, “del hombre que solloza”, de “la mujer que escribe/ los momentos que abarcan la cuenca de la vida”. Con ellos, con ellas, proclama el tiempo que nos pertenece: “la hora humana de la ciudad celeste”. Leamos estas palabras para aprender a escuchar el silencio, mirar con otra mirada y descubrir que “del lado del corazón todo sucede en la tierra”. Y seguir avanzando. Sin ruido de palabras.

Antonio Crespo Massieu

Buena acogida

Desatad las palabras, insignias de las nubes,
el soplo incandescente, los ríos, desviados
para fundar el nombre
de cada pensamiento.

Las palabras henchidas, deslizadas,
las que no han quebrantado al vidrio silencioso.

Una a una, sin ruido, gota a gota,
por las cuerdas vocales lo que nunca perece.
Desde siempre me entrego
a la lumbre, a la llama de las torcas de luz.

Apacible es el aire de ojos de centinela,
libres armónicos que mi voz recuerda.
Las palabras, veloces, que se escapan
hacia montes azules.

Recinto roto

El árbol de las fuentes de todo lo creado.
El pasado, el presente, el futuro
en cada célula viva.
Los códices extensos del azul duradero.
La arena verde que dibujan las algas.

Me disuelvo en cada cuerpo, en cada árbol,
en cada pensamiento que anticipa la vida
de otra manera. Así
soy el buzo de los corales rojos

donde
fundo el solar
de las sílabas
que han de acercarme al tiempo
de las canciones lentas.

Cierro mis manos para sentir sus huecos.
Descubro las leyendas donde nacen los ríos.
La luz, entrelazada con los pinares últimos.

Una ofrenda de leche

Ella dice: *es lo que creo.*
El pájaro volverá a ser un pájaro.
La gota de agua una gota de agua.
Un árbol éste árbol. Aquellos hombres, hombres.

Amor, Amor, en tan dulce abandono,
la salmodia de una voz persuasiva.
La venidera voz que anticipan los álamos.
Y el mar exacto como unión de los ríos.

Vendo piedras alisadas en otra parte del mundo.
Sobre el agua de sus ríos vierto una ofrenda de leche.

Todo está aquí

La abadía cercada por el agua del mar.
Alambique de cobre, el bretón cielo celta.
Las tardes malvas, sus revelados vidrios.
Un nidal de atardecidas.

Entro en la casa del justo. Cobijo una certeza.
Alimento a un caballo que pertenece al viento.
Los días del asombro entre la luz
de una lluvia de estrellas
que lavan la impiedad del espejo furtivo.

Mientras, todo está aquí. Y es nuestro.
El anciano y el niño que conocen miradas.
El pulsar incesante como un alma de todos
entre las nubes cárdenas.

Y un ritmo de almendros blancos
lentamente, lentamente,
se comba y se balancea.

El refugio marino

Pero lavo a mi muerte con el agua sagrada
como quien ha nacido para velar los ríos.
Los ríos detenidos, el ahora que extiende
el redondel perenne de las torcas violetas.

Desde mi cuerpo más vivo parten sueños
hacia las escaladas de los álamos blancos.

El aliento del aire, la desnudez que llega,
el latido de fuego que señala mi frente.

Amor, Amor, he aquí la hora humana
de la ciudad celeste. Las nubes descendidas.
El refugio marino para habitar los valles.

La cuenca de la vida

Estoy de parte del lobo desollado
al tiempo en que un cometa estalla en aerolitos.

Estoy de parte del hombre que solloza
porque roban su luz,
al tiempo en que una aurora emerge de la herrumbre.

Estoy de parte de un niño transparente,
que bebe
los zumos boreales
al tiempo
en que llueven estrellas
sobre cráneos de azules infinitos.

Estoy de parte de la mujer que escribe
los momentos que abarcan la cuenca de la vida.

Espejos que se miran

Las palabras perdidas, llanto sin lágrimas,
cielo de siete estrellas, esferas relucientes,
aros de luz, luz de algas, algas de luna árabe.

Yo soy mi padre y mi madre. Quiero.
Yo, único
responsable
de mi último nacimiento y de mi muerte.

Vaso. Aire. Mujer

En la raíz de un almendro abandono mi equipaje.
Pies ligeros cuando desviste mis fardos
la gravedad de la tierra.
Oíd: únicamente soy afilador de relámpagos
y me estermecen
las llamaradas de los sonidos más frágiles.
Vaso. Aire. Mujer.